



La hemeroteca

Con trece años yo vivía en Jaén, cerca de la Diputación Provincial, un palacio decimonónico de estilo francés en cuyas dependencias bajas estaba la Hemeroteca Provincial. Entonces no había muchas bibliotecas públicas y los aficionados a los libros teníamos menos oportunidades que ahora. Para obtener el carnet de la hemeroteca el aspirante debía contar con el aval de un comerciante o industrial de la ciudad representado por el sello de caucho de la empresa al pie del impreso de solicitud. Tuve que sobornar a un compañero, cuyo padre era propietario de una tienda de tejidos, para que sellara el impreso que me permitió acceder a mi primera biblioteca.

La sala de lectura de la hemeroteca tenía cierto empaque institucional que contrastaba con la indigencia de muchos usuarios. Sobre el respaldo de los sillones forrados de piel se veían los abrigos raídos, las bufandas menesterosas, los paraguas desvarillados, guardando la ausencia del dueño que había ido a mear. Los pupitres tenían el tablero inclinado y eran tan espaciosos que podías desplegar un periódico sin molestar al vecino. Los lectores nos conocíamos, nos saludábamos, a veces conversábamos en murmullos. Había un ambiente grato, en aquella hermandad.

La única obra accesible en la sala de lectura, sin necesidad de rellenar la papeleta de solicitud, era una Enciclopedia Espasa flamante, pero algo superada. Me recuerdo contemplando los vistosos uniformes del imperio austrohúngaro en una de sus láminas coloreadas, ignorante de que el imperio austrohúngaro hacía ya medio siglo que había dejado de existir.

Había tres funcionarios tranquilos que recibían tu papeleta de petición y buscaban el impreso solicitado en el depósito de la biblioteca, un sancta sanctorum cuyo acceso estaba vedado a los mortales. Casi nadie solicitaba

libros. El más concurrido era uno sobre Picasso entre cuyas fotografías aparecían algunas del estudio del pintor con una modelo ligera de ropa posando sobre una tarima. Las páginas en las que aparecía la modelo renegreaban del mucho uso. Eran los años sesenta del pasado siglo y en la levítica ciudad provinciana perduraba la represión sexual que impuso el nacionalcatolicismo tras la Guerra Civil. Esto se notaba también en las revistas. Recuerdo en una de ellas el anuncio de un depilatorio en el que aparecía una modelo suculenta que mostraba la axila depilada. “Bastan tres minutos...” –decía el texto en letra grande, y abajo, en letra más pequeña: “Al depilatorio Tal le bastan tres minutos para eliminar su vello superfluo”. Un lector había escrito bajo el rótulo “Bastan tres minutos...”: “me sobran dos y medio.”

La mayoría de los lectores iba por la prensa, diarios o revistas, o quizá simplemente por la calefacción, que



Fotografía: Revista Mi Biblioteca.

entonces las casas estaban mal acondicionadas y se pasaba mucho frío. Yo acudía un par de veces por semana, después del colegio, y solicitaba unas cuantas revistas: “Blanco y Negro”, “Actualidad Española”, “Gaceta Ilustrada”, “Triunfo”. A veces también “National Geographic”, por las espectaculares fotos en color (las revistas entonces eran en blanco y negro). También frecuentaba los veinte tomos del “Diccionario Literario” de Porto Bompiani. Pasaba el rato leyendo biografías o comentarios de libros de autores conocidos. En el bachillerato de entonces no se leía nada, o muy poco, aparte de los trozos escogidos que algunos manuales traían al final de cada capítulo. El alumno se limitaba a aprender de memoria el catálogo de autores y títulos de obras. Debo confesar que todavía sustento buena parte de mi cultura literaria en lo mucho que aprendí en aquellos libros. Otros la sustentan en las solapas de los libros, es lo que da el país. ■